

OPINIÓN

Si los besos hablaran

LUIS ÁLVAREZ DE VILALLONGA

Tengo por costumbre no contestar nunca a las críticas, elogios o puntualizaciones que suscitan mis artículos; ello no supone, en modo alguno, menosprecio hacia quien lo hace, muy al contrario, agradezco el simple hecho de tomarse la molestia de leerme; sin embargo entiendo que lo opinable, cuando ya está escrito por las partes, es el lector quien debe sacar sus conclusiones.

Rompo contigo, Luchy, la norma; entre otros motivos porque tu réplica me ha sabido a gloria, aunque discrepemos, no tanto en el fondo como en la forma, y viniendo de una pluma tan culta, reconocida, autorizada y de ampulosa brillantez como la tuya, ha sido tal el halago que en un esfuerzo por racionalizar mi vanidad, he constatado que en lo sucesivo deberé pulir mi ego.

Sin duda la infancia nos marca a todos y resulta paradójico que uno que necesita del contacto físico (besos y abrazos) de los

suyos, se muestre parco a la hora de depositar o desprenderse de sus besos. Te diría muchas cosas al respecto, pero no se trata de hablar de uno ni de desnudarse ante los lectores.

Es tan hermoso cuanto dices sobre el beso que has minimizado mi limitado discurso; tu sublimas el gesto y lo universalizas, llegando a esbozar una bellísima utopía, la grandeza del corazón no establece diferencias ni se pregunta el porqué (lo posible no se intenta, se hace), en el mío todavía existen prejuicios que si bien no separan, sí distinguen y marcan diferencias.

Quizá desde posturas no tan distantes nuestra interpretación del beso no admite dudas ni falsas interpretaciones, sin embargo, Luchy, ¡si los besos hablaran! habría tanto que escuchar. El beso puede perdo-

nar, redimir, o llenar de contenido un tenso silencio, puede ser esencial o accesorio, en ocasiones escurridizo o engañoso como el canto de sirenas y como gesto costumbrista puedo hasta asociarlo a aquel delantal estampado de flores, que no por adornado oculta su función. Cuando el beso aflora por doquier se convierte en un hábito que se hace norma y uno prefiere escapar de aforismos.

El hombre establece sus fronteras naturales trazadas desde leyes antropológicas, pero más allá de éstas son las barreras artificiales las que levantamos con el racismo, la intolerancia y la discriminación. Intuyo que tu hermosa utopía más que un deseo es un canto profundo de la coexistencia humana; tú, Luchy, con el beso vistes de gala un sentimiento, dejas segregarse

el sentir inherente a un corazón que rebosa generosidad, que se prolonga y emerge al exterior sincero y osado, sin prejuicios ni cortapisas; pero no malinterpretes mi arisca voluntad, posiblemente con mi edad y con unos años más se atempere mi disposición a ese prolijo y natural gesto de besar. Me has dado que pensar ¡caramba! y ¿por qué no? como bien dices también pueden volar «Besos libres, inevitables, transparentes, sin noción de su sentido ¡Besos!».

En cualquier caso, en nuestros ocasionales encuentros, será uno quien se «abalance» sobre la fémina y, con la mayor delicadeza, la comisura de los labios roce las mejillas con un beso que tú, Luchy, concibes universal, pero que uno todavía se resiste a prodigar con tanta generosidad; quizá me falte soltar ese tapón de trapo que impide que emanen a borbotones todos los sentimientos destilados en el corazón.